

Dossier

La  
filosofía  
hoy

## Presentación

Jesús Antonio Camarillo\*

¿Tiene sentido hacer filosofía en nuestros días? ¿Cómo superar la encrucijada existencial en que, desde hace mucho tiempo se encuentra la filosofía? ¿Tiene algo qué decir el quehacer filosófico especulativo cuando se le contrasta con el discurso científico? ¿Qué tipo de relación guarda o, en su caso, debería guardar la filosofía contemporánea con la ciencia? ¿Son solamente el análisis conceptual y el análisis de los métodos la parte rescatable del discurso filosófico contemporáneo? ¿Hacia dónde se dirigen la filosofía y los filósofos? ¿Qué tipo de respuestas ofrece la filosofía ante la grave crisis social que padecen entornos como el nuestro? ¿Qué hacer ante la exclusión programática de las asignaturas filosóficas ante los afanes tecnocráticos de ciertas políticas educativas? ¿Qué papel juegan las filosofías "aplicadas" novedosas en el contexto de un discurso filosófico general? ¿Qué rol le corresponde desempeñar a la filosofía ante las circunstancias de emergencia que padece actualmente la humanidad? ¿Es solamente un cambio de escenario al que debe adecuarse la filosofía o la situación actual le impone la necesidad de replantear sustantivamente su agenda temática y sus propios métodos? ¿Qué representa la postmodernidad filosófica frente a los tradicionales paradigmas?

Este dossier está dedicado a la discusión sobre la pertinencia del discurso filosófico hoy en día. Y es que, frente a los embates de diversas políticas educativas generadas desde diferentes sectores sociales y políticos que tratan de desterrar, a veces de manera dosificada y encubierta y, en ocasiones, abruptamente, el ejercicio intelectual, la sos-

pecha de esterilidad, que como dice el profesor Víctor Hernández en su texto, le ronda a la filosofía una vez y otra también, sale a relucir, en la medida en que la filosofía y su enseñanza quedan relegadas en las instituciones educativas a espacios curriculares prescindibles u "optativos".

En ese sentido y frente a los retos que se imponen a la disciplina en este nuevo siglo, los trabajos de los académicos Walter Beller, Víctor Hernández Márquez, Héctor Pedraza Reyes y Oscar Altamirano convergen en este espacio brindando su perspectiva sobre el papel que desempeña la filosofía en nuestros días.

Se trata de cuatro diferentes enfoques sobre un mismo problema. Y a pesar de que los dilemas filosóficos suelen ser gigantescos, máxime cuando se trata de un ejercicio introspectivo disciplinar, los cuatro textos presentan, de manera clara y con rigor, diversas aristas del problema.

## Sobre el papel de la filosofía en el nuevo siglo

Víctor Hernández Márquez\*

Desde hace aproximadamente ciento cincuenta

\*Docente-investigador de la UACJ.

\*Docente-investigador de la UACJ.



años la filosofía se halla en una situación institucional ambivalente nada cómoda. Por un lado, ha perdido el *glamour* y la gloria de épocas pasadas y se le ha confinado a los departamentos de Humanidades, que se crearon expresamente para su destierro del gran mundo. Por otro, se ha dicho una y otra vez que los tiempos de los grandes sistemas han desaparecido para siempre y con ello la filosofía con letras mayúsculas. En otras palabras, se piensa que la filosofía es cosa del pasado y que su estudio debería pertenecer a una especie de arqueología intelectual aún inexistente.

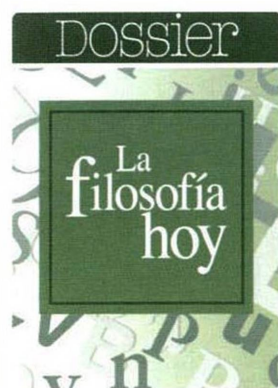
Eso no es todo, a una corriente filosófica bastante influyente también suele reprochársele el haberse vuelto demasiado técnica y, por consiguiente, alejada de las preocupaciones del hombre común (o simplemente, del hombre). Pero de igual modo, a aquella filosofía que se logra colar hasta las páginas editoriales de los periódicos, a los programas de radio o a los debates de actualidad televisados, se le desestima por ser demasiado actual; esto es, efímera como los acontecimientos mismos que intenta reseñar.

Por si fuera poco, los filósofos son muy dados a la beligerancia, a la lucha entre sí, de tal modo que

cada filosofía se yergue sobre los presuntos escombros conceptuales de sus oponentes más indeseables; dentro de esta clase de pensamiento destacan los sistemas *mordaza*, aquellos que como la *Crítica* de Kant o el *Tractatus* de Wittgenstein intentan detener la presunta incontinencia verbal de sus pares; aunque, hay que decirlo, sin lograrlo; pero la tentación es tan fuerte que incluso las gesticulaciones conceptuales de Heidegger le permitían desprestigiar la "cháchara" intelectual de los otros. Así, todo pensamiento que aspira al monopolio de su época se ve a sí misma y se presenta como la encarnación pura de la "crítica", de lo "radical", de lo "original", de lo "propio", de lo "esencial", de lo "auténtico" y "verdadero".

Toda esa palabrería, que resulta inocente e incluso ingenua para quien ha elegido el duro oficio de la duda, tiene un efecto narcótico impresionante sobre quienes son meros consumidores de pensamientos. Bajo esa indumentaria, la filosofía no difiere de la práctica religiosa, y no merecería mayor consideración si no fuera porque se aspira a ejercer cierta influencia más allá del cerrado círculo de especialistas; no obstante, es sólo por medio de los "entendidos" como la voz del pensador se deja escuchar, crear adeptos y adictos. Siendo un mal necesario, son los *doctos*, los profesores de filosofía quienes construyen la buena —o mala— reputación intelectual de tal o cual filósofo; muy a pesar de la escasa estima que estos le provocan, ellos son sus sacerdotes, sus *mediums*.<sup>1</sup>

Sea así o de otro modo, un elemento determinante consiste en la motivación que despierta el pensamiento filosófico y su grado de profundidad. Desde su origen se ha señalado que la filosofía no ha tenido más impulso que la duda o la desconfianza a lo que de ordinario es



<sup>1</sup> En nuestra época, el marxismo es quizá el ejemplo más obvio de religión secular. Julius Kovesi intentó una descripción del fenómeno en "Marxist Ecclesiology and Biblical Criticism". *Journal of the History of Ideas*, 37 (1976) pp. 93-110, pero de ninguna manera el único.



Dossier

La  
filosofía  
hoy

aceptado. Pero también el joven Hegel afirmaba que la fuente que nutre la reflexión filosófica nace de la discordia, de la *escisión* con nuestros progenitores intelectuales; y otros han indicado con la misma vehemencia que sin perplejidad no hay lugar para la sabia meditación que distingue al filósofo.

Hace cosa de poco más de cien años atrás, William James había dicho que la historia de la filosofía no es en el fondo más que un choque constante entre dos clases de temperamento. Por un lado se encuentran los espíritus delicados, gente optimista y espiritual con propensión por los principios abstractos, y por eso mismo profundamente dogmáticos; por el otro, se hallan los espíritus rudos, materialistas y pluralistas irredentos, cuyo fatalismo los convierte a menudo en escépticos. Desde luego, James situaba su propia versión del pragmatismo a medio camino entre ambos bandos, a pesar de que su temperamento era más proclive al *english way*.

Como en todo lo que se ha dicho anteriormente, en el decir de James existe una dosis de verdad insoslayable; en parte, la dicotomía ayuda a entender la división impenetrable, que se fraguó en el siglo pasado y que aún se encuentra presente de manera matizada, entre la filosofía anglosajona y la mal llamada filosofía continental (puesto que tal cosa apunta a lo sumo a aquello que ocurre en Alemania y en Francia y nada más). Pero al final de la noche ¿qué queda de todos esos pensamientos disonantes entre sí, de esos humores y temperamentos encontrados?, ¿no es acaso la filosofía un montón de pontificaciones elocuentes, a veces oscuras, a veces intempestivas?

A pesar de haber parido a todas las ciencias, la sospecha de esterilidad le ronda una vez y otra también, en espe-

cial cuando se pregunta si desde los lejanos días de Sócrates y Jenófanes hasta el presente existe algo así como una acumulación de saber, un mínimo progreso más allá de la inevitable aglomeración de títulos y autores. Pero ese tipo de consideraciones, que se escuchan con frecuencia en boca del administrador universitario, del burócrata, del político, del literato o simplemente de quien ha osado comprar un libro de filosofía y ha pagado el precio, exhiben un desconocimiento de la materia en cuestión. Y ni cómo culparlos, ya que gran parte de lo que allí se escribe es materia para consumo interno (pues quien lee a Schopenhauer con provecho tendrá que leer a Kant y éste lo llevará a Hume y así hasta el origen mismo de la filosofía); sin embargo, es bien sabido que ante semejantes preguntas la mayéutica aconseja responder con otra pregunta incómoda, de modo que a los auditores del saber se les responde preguntando —con o sin sorna— si el ser humano ha experimentado alguna mejora desde los tiempos de Homero, y si consideran que el caos y la desigualdad social que prima en el mundo contemporáneo valen como evidencia de ese presunto progreso.

Desde luego, para el lego



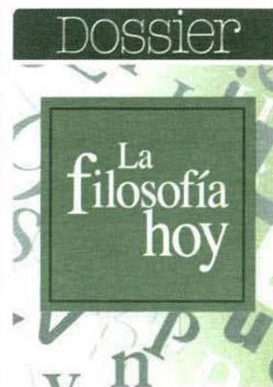
no es fácil advertir la relación que guarda una cosa con la otra, y quizá sienta que se trata de una simple estrategia para salir del paso. Pero en lo absoluto, por el contrario, con ello se ha querido indicar un rasgo que la filosofía comparte con el arte mayor y que sugiere una razón importante de la vigencia del pensamiento clásico. Pero este "hecho" suele ser oscurecido por aquello que los enterados en el pasado llaman la visión *whing* de la historia; esto es, la manía a entender el pasado como algo *superado* por el presente. De allí surge una especie de ansiedad por la actualidad que a menudo resulta añeja cuando no un simple malentendido.

Pero volvamos al principio. La filosofía se encuentra en la misma encrucijada de siempre, pero bajo un nuevo escenario. Como ayer, se afana por forjar para sí una imagen verosímil del mundo y de nuestro lugar dentro de él estudiando con detenimiento los hallazgos de las ciencias particulares; o bien, se aferra en reivindicar una suerte de conocimiento superior, ajeno y opuesto al saber científico. En la era de la tercera revolución cognoscitiva, abundan los filósofos que practican ese falso desdén hacia la ciencia, en donde "denuncian" y abominan la

técnica, pero que al mismo tiempo se conectan sin pudor al internet y no dudan en mantener prendido el aire acondicionado o su teléfono celular.

Sin embargo, así como los últimos pecan de inconsecuentes, se dice también que los primeros incurren en un presunto optimismo desmesurado al confiar en que los asuntos humanos puedan ser tratados de manera análoga a como se resuelve un problema matemático, se diseña un sistema de riego o se repara un televisor. Al respecto, mi posición es sin duda cercana a la de los primeros, pero no tanto porque deposite mis expectativas escatológicas en las bondades de la ciencia *per se*, sino porque desconfío más de la teología que anima a los segundos y porque ha sido el conocimiento el que nos ha permitido evolucionar como especie y ha hecho posible las distintas civilizaciones que han tenido lugar desde la era de piedra hasta el día de hoy; de ello se deriva que sólo nos es dado acceder a la solución de nuestros propios problemas por los mismos medios en que nos hemos asegurado, desde épocas remotas, el sustento y la supervivencia.

No se trata —como suponen los filósofos propensos al relativismo y a las metafísicas desenfrenadas— de un acto de fe ciega en la razón ("instrumental"); pues es también un hecho de nuestra naturaleza que hacemos —colectivamente hablando— un uso limitado de la racionalidad; pero es un mal chiste escribir un alegato filosófico sobre ello, pues de igual modo hacemos un uso limitado de los sentidos cuando nos tropezamos, cuando confundimos las voces de las personas y cuando no detectamos el olor de un fruto podrido. Filósofos y científicos (a veces vienen ambos en el mismo paquete) trabajan para darle forma y conservar esa cultura del saber que





DOSSIER

La  
filosofía  
hoy

permite superar poco a poco nuestras limitaciones. Para el filósofo tradicional el hombre es un producto de su historia, pero para el filósofo atento al saber científico eso representa un lapso de tiempo muy menor en comparación con los millones de años que llevamos sobre la tierra y, por consiguiente, sabe que existe un nexo íntimo entre el joven con *persing* o tatuado de la gran urbe y sus ancestros de la edad de piedra; sabe, en fin, que no cambiaremos de la noche a la mañana.

## Hacer filosofía: el juego que todos podemos jugar

Walter Beller\*

1. La filosofía es una *práctica* (se filosofa haciendo filosofía) y por ende no es un ejercicio contemplativo (como casi siempre se la representa). Es una práctica relacionada con la producción científica y social.

En nuestro tiempo, todas las ciencias (incluidas las sociales) se hallan fragmentadas en un importante número de especialidades, y, en nuestras universidades, las ciencias se aprenden y enseñan en escuelas y facultades donde por lo general existe una separación más o menos grande entre la docencia y la investigación. Aun así, es frecuente que algunos universitarios se planteen *ciertas preguntas* que van más allá de los marcos de su disciplina y campo de especialidad. Por ejemplo, llegan a cuestionarse acerca de la precisión y justificación de los *conceptos* que usan (porque a veces se emplean términos confusos —y lo peor es repetirlos aun cuando no se les haya comprendido), así como sobre los *métodos* que utilizan (ya que contar con

un buen método es el mejor recurso para avanzar en el conocimiento). Cuando los universitarios se embarcan en estas cuestiones y reflexiones, están *haciendo* filosofía, sean o no filósofos académicos.

El análisis de los conceptos que utilizamos y el análisis de los métodos que aplicamos son, de manera muy importante, las dos tareas más sobresalientes de la filosofía actual (aunque, desde luego, no son las únicas). Ahora bien, el análisis conceptual requiere de la comprensión de los alcances y límites del *lenguaje* que se emplea. Y el análisis metodológico demanda el conocimiento de las *estructuras* y la *dinámica* a las que están sujetas las ciencias. Así pues, la filosofía del lenguaje y la filosofía de la ciencia conforman las dos ramas más cultivadas en los medios académicos.

### Tres fases de la práctica filosófica

2. La actividad filosófica, antes como ahora, es un proceso que se presenta en tres fases: preguntar, analizar y responder (argumentando).  
a) *Para filosofar hay que poner en tela de juicio las respuestas que se nos ofrecen.* La razón es que generalmente reaccionamos ante los acontecimientos (diarios o de investigación)

\*Docente-investigador de la UACJ.